LA BOLSA DE LONDRES.

La Bolsa de Londres no se halla situada como la de París en uno de los mas hermosos cuarteles de la Ciudad, á cuyo brillo contribuye por su elegancia y por su riqueza monumental. En la capital de Inglaterra para acercarse à aquel templo de la fortuna es preciso recorrer un laberinto de estrechas y tortuosas callejuelas, de sombríos rodeos, y de oscuros pasadizos que conducen à una calle *(Threadneedle-street)* cuyos negros, confusos y gigantescos edificios semejantes á las tapias de una cárcel, no permiten que un rayo del sol pase à secar el perpétuo lodo de su suelo. Allí es donde detras de la callejuela de San Bartolomé, se eleva un edificio lúgubre en completa armonía con cuanto le rodea; tan pronto desierto, tan pronto rebosando en una multitud avida, solícita, y bulliciosa; ora silencioso como la tumba, ora haciendo resonar clamores capaces de aturdir al pasagero; donde se operan las mas prodigiosas metamórfosis; donde en cinco minutos se vé al poderoso millonario reducido à la mas espantosa pobreza, retirarse en muda y sombría desesperacion, y buscar en el Támesis el remedio de su desgracia; y al miserable aventurero trocar su buardilla y su raido ropage, por cuantiosos tesoros, palacios, carruages y numerosa comitiva: allí es en fin el *Royal Exchange*, la Bolsa de Londres, la mas vasta de las casas de juego autorizadas por la ley.

Hasta mediados del siglo XVI no tuvo Londres Bolsa propiamente llamada. En 1534 Sir Richard Greshan convencido de las ventajas que un establecimiento de esta clase proporcionaba à Amberes, donde desempeñaba el empleo de cónsul de Inglaterra, propuso al ayuntamiento y corregidor de Londres, la construccion de una Bolsa; pero su proposicion fue desatendida. Mejor suerte obtuvo su hijo, quien habiendo ofrecido en 1564 levantar el edificio á sus espensas si se le concedia el terreno necesario, accedió el consejo, y en 7 de junio de 1566 se pusieron los cimientos quedando concluida en noviembre del siguiente año. Este edificio antiguo construido de fabrica, desapareció en el grande incendio de 1660. Pero el gremio de mercería á quien el fundador habia confiado su custodia, no tardó en recobrar la construccion de otro nuevo: Cárlos II colocó la primera piedra en 1667, y el 28 de septiembre de 1669 quedó concluido y abierto al público. Nicolás Hawkesmoor discípulo del célebre Wrenn fue el arquitecto que dirigió su construccion, la que tuvo de coste 58,962 libras sterlinas (mas de cinco millones y medio de reales.) Esta es la Bolsa actual.

Igual à la antigua que fue construida bajo el modelo de la de Amberes consiste en un vasto edificio cuadrado de 203 pies de largo por 71 de ancho, en cuyo centro hay un patio de 144 pies por 117. Su materia es de piedra de Portland, su estilo sencillo y bastante regular. Las dos fachadas principales son la del sur por la calle de *Cornhill* y la del Norte por la de *Threadneedle-street*, delante de cada una de ellas se vé una galería cubierta, en cuyo centro estan abiertas las elevadas, y magestuosas bóvedas que forman las dos principales entradas.

En la fachada sur se eleva un frontis sostenido por medias columnas del órden corintio, y en los intercolumnios se hallan practicados nichos, y colocadas en ellos las estátuas de Cárlos I y Cárlos II vestidos á la romana. Por cada lado de la entrada se estiende una serie de ventanas separadas entre sí por pilastras del órden compuesto.

y la cima del edificio la corona una balaustrada. Sobre el pórtico de entrada se eleva una especie de ático, cuyo centro forma una torre cuadrada superada por otra torre octógona, que contiene un reloj con cuatro esferas, y termina en una elegante linterna redonda cubierta por un cimborrio, rematado en una veleta de cobre dorado que figura un salton, símbolo de las armas de la familia Gresham.

En el centro del patio interior se halla una hermosa estátua pedestre de Cárlos I en trage romano sostenida por un pedestal cuyas cuatro fachadas adornan diferentes relieves. Este patio está rodeado de galerías cuyas paredes se ven cubiertas de carteles de toda clase de anuncios. Sobre los arcos que forman dichas galerías se han practicado en los intercolumnios hasta 24 nichos, cuyo mayor número está ocupado por las estátuas de los reyes de Inglaterra desde Eduardo I hasta Jorge III. Algunas de ellas se hallan en un estado de suciedad bastante deplorable.

El interior del primer piso y las galerías de la Bolsa, se destinaron al principio á la formacion de un vasto bazar; pero las tiendas que en número de mas de doscientas habian llegado á establecerse, han ido sucesivamente desapareciendo. Los pisos superiores los ocupan en la actualidad varias oficinas públicas, las de las compañías de seguros, el famoso café de Lloyd etc.

La arquitectura de la Bolsa no es uniforme, sin embargo domina en ella el órden corintio, y gozaría el edificio de toda la nobleza de este órden, sin la escesiva prodigalidad de adornos que le confunden.

La Bolsa está abierta al público desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, pero la mayor concurrencia es de una á tres. Los arcos del patio sirven de punto de reunion á los negociantes de un mismo ramo ó de un mismo pais; de forma que nada hay mas fácil que encontrar á los sugetos á quienes se busca. Un paseo alrededor de aquellos arcos en los que resuena el bullicio de veinte diferentes idiomas, hace por decirlo asi, pasar revista á todas las naciones de la tierra. Aquí los mercaderes griegos y arménios, allí los holandeses y dinamarqueses, mas allá los españoles, los portugueses, y por todas partes los franceses, los ingleses, los americanos, se presentan notas, aplazan la venta de las mercancías, proponen cambios ó tratan de sus cargamentos. En menos de una hora se empeñan en millones de negocios cuyas pérdidas ó ganancias se harán sentir hasta en las mas lejanas comarcas, hasta en las Indias y en los confines del Africa.

Pero lo mas curioso de observar en la Bolsa de Londres es las costumbres, el caracter y las maniobras de los especuladores sobre los fondos públicos. Es necesario verles el dia siguiente al en que ha circulado la noticia de una próxima guerra, de una revolucion ministerial, ó de un gran movimiento político. Antes de las diez, ya se ven invadidas las galerías por grupos esparcidos, agitados, inquietos; personas que hablan bajo, que leen con atencion los periódicos, que meditan ó calculan. Cuando se acerca la hora, el conserje sube al estrado y con la vista fija sobre el reloj espera impaciente el momento fatal. No bien ha marcado el minutero el número XII, cuando una carraca que agita con viveza sirve de señal para el combate. Al ruido estrepitoso del instrumento repetido por los ecos de las vecinas salas, todos los grupos se disuelven y cada cual se precipita hácia un punto céntrico, especie de Cafarnaun donde no se escuchan mas que gritos, palabras breves y rápidas, y un laberinto de codos que se chocan, de brazos que se tropiezan, de cabezas que se mecan. De esta espesa y tumultuosa masa salen de contínuo en chillonas voces las palabras «Yo compro» «yo vendo.» Estas espresiones mil veces repetidas van rápidamente acompañadas de falsas noticias, de mentiras, de hipótesis estravagantes. Se trata nada menos que de establecer el primer precio, el precio de apertura, que es importante, y puede influir en todo el curso de la Bolsa.

Ya se sabe que la mayor parte de estos especuladores en nada piensan menos que en vender ó comprar verdaderos fondos, sino en hacer subir ó bajar su precio, y reducir en beneficio suyo esta alza ó baja. Dos ejércitos se hallan al frente uno de otro, los jugadores á la alza que llaman los *toros* (bulls), y los que juegan á la baja que denominan *osos* (bears); porque la Bolsa en cada pais tiene su especial gerigonza.

Al dar las once ya se ha fijado el primer precio; este se ha arruinado, aquel se ha enriquecido. A veces un hombre á quien se vé risueño, bullicioso, insolente, ha perdido cincuenta ó sesenta mil duros en la hora que acaba de transcurrir; asaltado por groseras burlas y sarcasmos crueles hace frente á su mala fortuna y devuelve injurias por injurias y epigramas por epigramas. Otro que no posee la misma presencia de ánimo permanece inmóvil con los ojos fijos y empañados, la boca abierta y los brazos colgando abismado en su propia ruina que se acaba de consumar. Aquellos, pálidos, trémulos, inundados de sudor y sin aliento, salen furiosos de entre la multitud; pero instruidos del movimiento favorable ó adverso que siguen los cambios por los prolongados gritos de *toros* y *osos* tan pronto vencedores como vencidos, el atractivo del juego les conduce nuevamente al laverinto que acaban de dejar.

A este combate frenético, profundo, sério, incoherente de la codicia con la suerte sucede por intérvalos una escena estravagante, que un escritor inglés espresa en estos términos. Como si la humana naturaleza, dice, no pudiese sostener por mucho tiempo aquella fébril escitacion, aquella concentracion violenta de todas sus fuerzas; los jugadores de Bolsa despues de haber sufrido este suplicio voluntario; apostado, ganado, perdido, jugado millones con la opulencia y la miseria, se entregan á un momento de recreo. Un vértigo de alegría se apodera de ellos; este derriba el sombrero del que está á su lado; aquel levanta repentinamente sobre la cabeza del otro, las faldillas de su frac; las pelotillas de papel se cruzan en el aire, se tiran tierra á los ojos, se empujan, se dan puñadas, y juegan á fiel derecho. Los muchachos que se escapan de la clase no hacen mas diabluras, mas estravagancias que ellos. Cansados ya de dar y recibir empellones; de saltar sobre los hombros de los demas, se agarran de su adversario, empiezan á cantar ó bailar; mil voces discordantes y acostumbradas á proclamar el *cambio* y la *prima*, tratan de ponerse acordes para entonar el *God save the King* ó el *Black Joke* (canciones populares). Nadie está dispensado de reunir su voz á aquel coro infernal. El ganancioso con la alegria de victoria entona despejado la copla que sus compañeros elijieron. El que perdió, con la tristeza en el corazon, temeria si no los imitase que iba á desconcertarse un nuevo cambio tal vez mas feliz, dejando entrever su desesperacion, y dando á entender con ella que su ruina se habia ya completado.

Aquel furor melomano es á veces una especie de castigo para los habituados á la Bolsa. Si alguno de ellos ha desagradado á los demas por cualquier estilo que sea, apenas llega, se ve rodeado por una bandada de imperiosos coristas de pulmones infatigables, que le obligan á acompañarlos en el cántico hasta que los place dejarle en libertad. Jugadores hay que no pudiendo resistir al musical suplicio diariamente repetido, se han visto precisados á pedir indulto para su debilitado pecho, y no pudiendo obtenerle de sus verdugos abstenerse de volverse á presentar en la Bolsa.

Pasado aquel acceso de delirante alegria todo cae de nuevo en un estado de agitacion sombrío y turbulento que nunca es mas digno de exámen que cuando una de aquellas densas nieblas que tan á menudo hacen intransitables las calle de la Cité, despliega su espeso y obscuro velo sobre el *Royal Exchange*. Entonces se encienden los reverberos en la mitad del dia, y en el seno de la oscuri-

dad interrumpida con una luz pálida y triste, es donde van esparciéndose por las calles aquellas figuras sombrías, inquietas, arrugadas, llevando al seno de sus familias el desconsuelo ó la alegría.

DE LA PESCA EN LOS PUEBLOS DE LA ANTIGUEDAD.

Segun una ingeniosa espresion, *la pesca es la agricultura del mar.* La industria de la pesca marítima debe su desarrollo á los tiempos modernos, y no se la puede negar el poderoso influjo que ha ejercido sobre la riqueza y la prosperidad de las naciones. Ella y la caza debieron ser los primeros medios de subsistencia empleados por el hombre, asi es que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Las pescas fluviales y marítimas cuya historia nos hemos propuesto delinear, solo fueron objeto de esplotaciones privadas, asi que con pocas palabras podremos salir de nuestro empeño.

Los egipcios por efecto de preocupaciones religiosas, miraron con horror la navegacion durante largo tiempo, y cierta clase de pescados fueron objeto de su execracion. Segun Herodoto puede conjeturarse que los egipcios pudieron dedicarse á la pesca, bien en el *Nilo* ó bien en el *Mœris*, y cuyo producto, segun una moderna valuacion, podria ascender á unos siete millones, y si hemos de creer á Diodoro de Sicilia servia únicamente para conservar el lujo de las reinas de Egipto.

Moisés proscribió entre los hebreos los pescados que no tuviesen escamas ni aletas, y cuya carne fuese viscosa y pútrida. Sin embargo, varios trozos del *Levítico* del *libro de Job* etc., nos demuestran que la pesca con red y con anzuelo fue conocida de la mas remota antigüedad, si bien no debió producir grandes resultados por cuanto solo se ejercitaba en el lago de Tiberiades; asi es que la profesion de pescador no obtenia grande consideracion entre los judíos. La repugnancia á ciertas clases de pescados parece se comunicó desde Egipto á diversas partes del antiguo mundo, particularmente á Judea, Grecia é Italia. Esta repugnancia se fundaba en razones de mística ó de higiene.

El tiempo hizo desaparecer de entre los griegos la repugnancia á los pescados, á pesar de las tradiciones de Pitágoras que todos indistintamente los habia prohibido á sus discípulos; y si hemos de dar crédito al testimonio de Homero, el uso de las redes era conocido en varias islas de la Grecia desde la época de la guerra de Troya. Sus habitantes tambien se valian al efecto de un sedal con un corcho en el estremo superior, un trozo de plomo en el inferior y el cebo correspondiente. Tambien tenian sus nasas y almadrabas semejantes á las nuestras con corta diferencia. Para los pescados mayores se servian del dardo ó arpon, del tridente y otros instrumentos de este jaez, y sabian salarlos y escavecharlos con aceite y aromas. Cuéntase que el rey de Egipto Mœris, cuya existencia se supone hácia el año 1550 antes de la era cristiana, empleó constantemente un gran número de personas en salar los pescados que las aguas del Nilo conducian, y este es el primer ejemplo que se menciona del arte de conservar el pescado por medio de la sal que llegó á ser un objeto de suma importancia en el comercio. La cabeza del barbo y del cóngrio, el pecho del atun y el lomo de la raya, eran artículos muy estimados entre los gastrónomos de Atenas.

Las pescas de los romanos, aunque mas importantes en razon de su inmenso litoral, fueron de una naturaleza casi igual á las de los griegos, y ni los unos ni los otros llegaron á conocer esas grandes empresas de pesca dirigidas á lejanas playas, y que exigen cuantiosos capitales. Cuando un lujo incomparable llegó á anunciar la ruina del imperio, el comercio de la pesca solo se sostenia por los romanos para surtir las mesas de varios poderosos, mientras el pueblo moria de hambre. Entonces se inventaron los viveros llenos de agua dulce ó salada, donde á fuerza de dispéndios se reunian los mas esquisitos pescados que el Asia, el Africa y Europa producian. El emperador Tiberio, dice Séneca, subastó entre los famosos glotones Apicio y Octavio, un barbo marino ó salmonete de peso de cuatro libras que fue adjudicado al segundo por el precio de cerca de 2,900 rs. de nuestra moneda, y segun Suetonio tres de estos pescados llegaron á venderse en la suma de mas de 210,000 reales.

El arte de salar la pesca recibió alguna anticipacion entre los romanos, estendiéndose á mayor número de especies que entre los griegos, pero ningun indicio nos deja traslucir que estos dos pueblos llegasen á conocer la sardina ni el bacalao que hoy forman el objeto de un comercio tan vasto y productivo.

FISONOMIA.

LA NARIZ.

Hay facciones en el rostro humano que á cada paso varian segun el estado del alma, y otras que permanecen inalterables cualquiera que sean las emociones del corazon: á esta última especie pertenece la nariz. Que los labios demuestran la alegría por medio de la sonrisa, la burla ó el desprecio por un gracioso fruncimiento, la nariz conserva su inmovilidad. Muda é impasible espectadora en medio de una escena apasionada y rodeada de actores espresivos, los presta su fria asistencia para el efecto que desean, su energía para realizarle, ó su beneplácito para consentirle; pero sin desempeñar nunca un papel activo. Que la pieza sea trágica ó cómica, jamás varia ni de aspecto ni de posicion. Siempre conserva el puesto del órden, la inmovilidad de la indolencia, ó del descuido de la superioridad.

¿Habrá de deducirse por esto que la nariz sea una faccion insignificante para juzgar á primera vista del carácter de las personas? Todo lo contrario; si por alguna causa se dá mas importancia á los indicios que proporciona, es justamente porque no participa de aquellas emociones fugaces que hacen del rostro humano un cuadro tan diversificado y movible.

La nariz no indica, es verdad, las emociones pasageras, pero marca la propension natural y constante del espíritu, la energía de la constitucion y la clase de temperamento. Por ella se descubre la debilidad ó la energía, la nobleza ó la abyeccion, una sensualidad escesiva, ó la sujecion de las pasiones á una razon mas fuerte que ellas. Es decir que demuestra las inclinaciones primitivas que resultan de la organizacion material, aun mas que las propensiones variables nacidas de la educacion ó del ejemplo.

Hácia la edad de 13 á 14 años, época de la pubertad, la nariz toma el desarrollo y la forma que debe conservar sin variacion alguna; y ofrece asi como la frente una especie de efigie del alma y como un programa del carácter. La nariz y la frente estan casi siempre en una armonía perfecta, lo que la una anuncia la otra lo confirma, sus decisiones son unánimes. Es muy raro que una nariz innoble se halle unida á una hermosa frente. Tal nariz, tal frente, tal alma. Esta regla admite pocas escepciones.

A los quince años el pecho se ensancha, la voz cambia y los sexos se caracterizan. Hasta esta edad es imposible prever la forma y dimensiones de la nariz. La época en que se perfecciona es la misma en que los sexos se demarcan, en que el temperamento se forma, y en que las facultades físicas adquieren fortaleza ó permanecen para siempre en la debilidad. De forma que la nariz es contemporánea de las inclinaciones, de las pasiones y del temperamento asi como de aquella energía corporal que segun su grado conserva constantemente una poderosa influencia sobre la conducta del individuo. Por qué pues hemos de admirarnos de las preciosas indicaciones que la nariz suministra al fisiologista?

Las mas felices organizaciones se hacen comunmente

notables por aquellas narices grandes, sean ó no aguileñas, que ocupan la tercera parte de la elevacion del rostro y la cuarta parte de la cabeza. El hermoso cielo de Atenas y de Roma, las costumbres republicanas, la vida campestre, el gimnástico y el circo formaban aquel carácter tan familiar en las fisonomías griegas y romanas; y aun aquellos grandes pueblos que elegimos por modelos, bien que conservando la arrogante esperanza de superarlos, miraban la nariz en cuestion como la única compatible con la magestad de los dioses y de los héroes.

Muy raro es encontrar en nuestros tiempos aquellas narices perpendiculares que los artistas griegos acostumbraban dar á sus estátuas, y esto seria una perfeccion, una felicidad si hubiésemos de creer à Lavater: afirma este autor que *una nariz no es fisonómicamente buena, grande ó espresiva sino cuando presenta inflexiones suaves, leves ondulaciones ó muescas mas ó menos marcadas.* Y añade: *donde no se encuentre una pequeña inclinacion, una especie de rebaja en el tránsito de la frente á la nariz, á menos que esta no esté muy encorbada, no hay que prometerse el mas mínimo carácter de nobleza ni elevacion.*

Tal era el prestigio que los persas concedian al carácter de que tratamos, á la nariz aguileña ó muy prolongada, que no hubieran admitido ningun rey ó príncipe que no la hubiese tenido; por eso los eunucos estaban especialmente encargados de componer las narices de los jóvenes altezas persas.

Una gran nariz superada por una frente ancha y eminente y separada de ella por una leve hendidura, indica viva codicia del poder, firme resolucion en superar los obstáculos, y la perseverancia necesaria para combatirlos, pero no la circunspeccion que los elude ni la prevision que los conjura. La de Napoleon era de esta última especie.

Cuando los ojos se hallan cuasi nivelados con la nariz, podria asegurarse que el espíritu es flojo, la voluntad vacilante y nula la razon.

La nariz que sube en direccion continua hácia la frente sin ondulacion ni depresion intermedia, es cuasi siempre el indicio de caprichos pueriles, de una escesiva vanidad, y á veces de vicios y bajeza. No hay cosa que mas envilezca al hombre que la irresistible necesidad de un poder que por sí mismo no puede conquistar. Estas son las ambiciones subalternas que animan al despotismo y á la tiranía: tal era la nariz de Narciso.

Narciso. Napoleon.

Una nariz aguileña anuncia por lo comun altanería y ambicion; esta es la de los biliosos y melancólicos. Con una gran nariz, la barba suéle ser espesa, los ojos negros ó pardos, los cabellos negros y toscos. La mayor parte de los grandes políticos, de los mas célebres ambiciosos y muchos de los grandes poetas y otros ilustres escritores, se han hecho notar por una nariz de grandes dimensiones: Ciro, Constantino, Ovidio, Ciceron, Maquiavelo, Catilina, Cervantes, Moliere, Schiller, Goéte, etc. etc.

Luis Onceno. Sócrates.

Una nariz mediana y afilada es el indicio de una viva sensibilidad, de imaginacion, de entusiasmo, á veces de finura, de inteligencia, de astucia: tal es la de las personas nerviosas. Sin embargo se han visto narices gruesas conciliarse con una astucia tan estremada que parecia habia de estar reñida con la probidad.

Una nariz corta, recogida, gruesa en sus caidas, pálida y campanuda, es el indicio y á veces el signo de un temperamento linfático, de una constitucion escrofulosa. Estas narices cortas y gruesas se ven generalmente asociadas á ojos azules, lábios gruesos, y cabellos rubios, la barba entonces es débil y lampiña. Semejantes narices prometen poca energía, poca constancia, menos discernimiento; pero no son incompatibles con cierto grado de memoria, de imaginacion; y aun como los sugetos así conformados estan casi siempre ociosos, enfermos y sedentarios adquieren á veces una esperiencia doméstica bastante madura para hacerse pasar entre los suyos como una especie de fenómeno.

La nariz suele inclinarse hacia la derecha, pero esto ninguna importancia tiene en cuanto al carácter; es el simple resultado de la preferencia que cuasi todos damos al lado derecho para el ejercicio de la accion. Los zurdos suelen tener la nariz inclinada á la izquierda.

Las grandes pasiones como las enfermedades adelgazan el rostro y hacen resaltar mas la nariz; así suele decirse de aquel cuyos proyectos fallaron, ó cuya ambicion no está satisfecha. « Se ha quedado con una cuarta de narices.» Una cuarta es demasiado, pero la nariz en efecto se prolonga con las pesadumbres.

1 2 3

La nariz cuya ternilla central se dilata ostensiblemen-

te prolongàndose hàcia la boca, indica cuasi siempre un egoismo ó una sensualidad tan desordenadas que no es necesario dar ninguna otra señal para huir y maldecir à los que la llevan.

Una nariz cuyo nacimiento es hundido y la punta gruesa y arremangada, anuncia poca sagacidad, poca elevacion, pero en desquite mucha terquedad y una gran propension à los celos.

Si la nariz pende hàcia la boca y se inclina (como diria Mr. Chateaubriand) hàcia el sepulcro, denota, no resignacion como cree el autor de la Atala, sino ideas esencialmente terrestres, interesadas y mezquinas.

Los pliegues paralelos que se advierten sobre los costados de la nariz, designan cuasi siempre hipocondria, terquedad, misantropía, y à veces una tímida propension á la burla que no atreviéndose à hablar se venga por los gestos.

Las gentes tímidas, los maniáticos ó los que se hallan preocupados por vivas sensaciones, ó por meditaciones profundas contraen à veces la costumbre de fruncir el estremo de la nariz de un modo singular, otras levantan al mismo tiempo la cabeza y el labio del mismo lado, y otras hacen oir maquinalmente un corto ruido sin significacion ni consecuencia pero empalagoso para los oyentes.

4 5 6

Muchas mugeres suelen tener las dos alas de la nariz escesivamente movibles. La célebre actriz francesa Madamoiselle Duchesnois, saca un gran partido de esta ventaja en los papeles de Fedra y Hermione, y para aumentar el carácter de verdad á la pasion que representa se vale del medio de respirar solo con la nariz como en los sollozos.

La mayor parte de personas coléricas tienen la nariz redonda y un poco arremangada: y las cejas espesas y desordenadas.

Una nariz arremangada que no discorda con la boca ni con los ojos es el indicio bastante fiel de un carácter apasionado. Socrates y Gall las tenian asi; y estos filósofos á quienes la naturaleza habia prodigado sus dones, no desmintieron el presagio que se deducia de uno de sus defectos.

Una nariz pequeña arremangada, acompañada de ojos tambien pequeños y cejas elevadas, es lo suficiente para caracterizar à un hombre de hóstil, pleitista y malicioso. Un hombre de esta clase venderia su felicidad por una disputa, su familia por una burleta: tambien suelen tener provision de adulaciones para los que les rodean; las censuras las reservan para los ausentes. Alguno de esta clase he conocido que perdió por un epígrama un importante empleo adquirido por un madrigal.

Los tártaros tienen la nariz en estremo corta y el humor hostil. Tal vez sea esta la causa de que la fértil llanura en que tienen su morada haya sido tántas veces conquistada y reconquistada por los ilustres capitanes, sus tiranos.

Las narices aplastadas y chatas denotan graves achaques á no ser que provengan de algun accidente ó enfermedad. Esta estructura de nariz se considera como hermosa entre los hotentotes, y llegan hasta el estremo de emplear medios artificiales para producir semejante deformidad que en su sentir es un adorno.

Otros pueblos han pensado de distinto modo. Los Hebreos escluian del sacerdocio á los que tenian la nariz contrahecha, y los ejipcios condenaban á las mujeres adúlteras à la pérdida de la suya.

LA HIDROFOVIA.

La rabia ó *hidrofóvia*, (horror al agua) es una espantosa enfermedad causada por la mordedura de un animal rabioso. La persona mordida suele permanecer treinta ó cuarenta dias, sin que ningun síntoma alarmante se manifieste; luego repentinamente se declara la rábia. La garganta se enardece; la saliva aparece convertida en espuma, y la mirada feroz; una ardiente sed atormenta al enfermo, y le es imposible mitigarla, porque la vista de un líquido cualquiera le enfurece; se le vé en una alarmante agitacion, en una inquietud continua: tiene convulsiones, y sobre todo deseos de morder que á cada instante se renuevan. Estos horrorosos síntomas duran tres ó cuatro dias al cabo de los cuales sucumbe desgraciadamente víctima despues de haber comunicado su mal y sus furores á diversas personas, á sus parientes ó amigos.

Cualquiera à quien muerda un perro rabioso, ó que se sospeche estarlo, debe al instante liarse fuertemente por arriba y por abajo la parte del cuerpo atacada; en seguida oprimirá la herida con los dedos á fin de hacer salir de ella cuanta sangre sea posible. Hecho esto quemará con un hierro ardiendo cuantas partes hayan participado del contacto del animal. Esta operacion deberá ejecutarse precisamente en el mismo dia. Si no hubiere á mano hierro ardiendo, podrá usarse en su lugar el unguento de antimonio líquido, potasa càustica ó àcido nítrico. Hecho el cauterio se cubrirá la llaga con un vegigatorio que se necesita dejar supurar largo tiempo. Los baños de vapor surten escelentes efectos en tan funestos lances.

En cuanto á las mordeduras de serpientes ó picaduras de insectos venenosos, el amoniaco líquido, el agua de colonia, la salmuera empleadas inmediatamente en fricciones bastan por lo regular para cortar el mal; pero sin embargo el cauterio produce mas seguros resultados.

ENVENENAMIENTOS POR LOS HONGOS

Y POR EL CARDENILLO.

Frecuentes suelen ser los accidentes causados por los hongos venenosos. Tan luego como se esperimentan los primeros dolores producidos por el veneno, é ínterin llega el facultativo se harán tomar al enfermo dos ó tres granos de emético en dos vasos de agua.

En cuanto al envenenamiento del cardenillo, podrá dejar de ser mortal empleando los medios siguientes: Se hacen desleir doce ó quince claras de huevo en dos azum-

bres de agua; de esta bebida se tomará un vaso de tres en tres minutos à fin de estraer el veneno por el vómito: tambien en vez de huevos, se beberà leche con abundancia, y no habiendo leche agua de azúcar ó de goma.

—

AUXILIOS QUE DEBEN SUMINISTRARSE A LOS AHOGADOS Y ASFIXIADOS.

Mientras el cuerpo de un hombre sacado del agua no se halle enteramente tieso, aun hay medios para volverle á la vida. Al efecto se le transportarà à un sitio seco y templado si es en invierno, se le desnudara enjugándole luego con una sabana caliente; se le acostarà cuidando de que los piés estén mas bajos que la cabeza; el suspender de los piés à un ahogado bajo pretesto de hacerle devolver el agua que tragó, es querer precipitar su muerte: se le colocará de lado para facilitar la salida de lo que pueda conter la boca y garganta. En seguida uno ejecutarà sobre el pecho y vientre del ahogado algunas leves y reiteradas presiones, mientras otro con un pedazo de bayeta le hace cosquillas en el interior de las narices, en la planta de los pies, en la capanilla etc. Si estos medios repetidos y prolongados no surten efecto, serà preciso poner la boca sobre la del ahogado y soplar con lentitud para introducir el aire en su pecho à fin de restablecer el ejercicio de los pulmones. La introduccion por el ano del humo del tabaco, ha producido en ocasiones felices resultados. Es preciso mucha perseverancia en el uso de los diversos medios enunciados, pues algunos ahogados solo han vuelto en sí despues de seis ú ocho horas de cuidados. Si se obtiene la felicidad de conseguirlo, y las convulsiones, la fiebre ó el delirio se manifiestan en el ahogado, entonces es indispensable sangrarle, en cualquier caso; tan luego como haya dado muestras de vida, conviene colocarle en un lecho bien caliente y no darle á beber sino la infusion de flores de tala, de hojas de naranja ó de thé mezclado con algunas gotas de eter sulfúrico.

La mayor parte de los socorros que se suministran à los asfixiados por el agua, son aplicables á los asfixiados por la respiracion de un aire impropio à la conservacion de la vida. El gas que se desprende de los cementerios, de las minas, de los calabozos, de los pozos, de los pantanos, de las sustancias podridas, de los fosos de las aguas corrompidas etc.; los que espelen el carbon, la brasa encendida, las cubas en que se fermenta el vino, la sidra, la cerbeza, todos son mas ó menos bastantes por su naturaleza para causar la muerte por asfixia. En estos casos es preciso ante todo alejar al enfermo del contacto de estos gases maléficos, esponerle al aire libre, hacerle tragar agua con vinagre, rociarle con agua fresca, escitar los órganos respiratorios por olores fuertes, espirituosos ó salinos, bañarle con vinagre; suministrarle el cocimiento del tabaco etc.; frotarle el cuerpo con bayeta empapada en agua de colonia, espíritu de vino ó de amoniaco, y por último tratar de introducirle el aire por los pulmones.

Los ahorcados ó extrangulados pueden à veces ser asimismo restituidos á la vida usándose al efecto los mismos medios, los cuales no dejan de hacer necesaria la asistencia de un facultativo, pero bastan para esperar su llegada.

—

MODO DE PREPARAR EL TAFETAN INGLES.

Siendo tan general y tan eficaz el uso de este tafetan, no creemos inútil indicar los medios de prepararle. Se estiende en un bastidor un tafetan blanco, negro ó de color de rosa; con un pincel se dan cuatro ó cinco manos de cola de pescado ó de jaletina disuelta en agua cociendo, despues de esto otras dos manos de una tintura espesa de benjuí y de trementina pura; algunos ponen en vez de esta segunda preparacion, bálsamo negro del Perú disuelto en alcohól; pero entonces el tafetan puede descascararse.

—

POMADA CONTRA LOS SABAÑONES.

Tómese una onza de cera blanca: una onza de tuétano de vaca y tres onzas de manteca de cerdo sin sal, cuezanse á fuego lento en una vasija de loza, ó de barro vidriado, y despues de haber cocido un poco cuélense con un paño de lienzo. Al tiempo de acostarse se estiende sobre los sabañones una porcion de esta pomada, y sobre ella el vendage: cuidando de usarla apenas se sienten los sabañones desaparecen en tres ó cuatro dias; pero si al contrario se espera à que se rebienten solo la primavera puede curarlos.

—

EL REY DE LOS GITANOS.

Los gitanos ingleses escoceses que Walter-Scott nos pinta tan al natural en muchas de sus obras, son en número de cuarenta á cincuenta mil divididos en pequeñas secciones; tienen un gefe que lleva el nombre de rey ó reina, y cuya autoridad se ejerce sobre ellos de un modo capaz de impedir que se acarreen la cólera de los gobiernos. Sus medios públicos de existencia son decir la buena ventura y proporcionar varios remedios y recetas à los aldeanos, pero el fruto de sus rapiñas forma su renta mas segura. Los jitanos son los que mas estragos hacen en los gallineros, palomares y rebaños. Estos vagos están siempre dispuestos á apoderarse de cuanto les viene á la mano. Su destreza en las raterías es estremada, y conocen todos los medios de evitar el castigo de la justicia.

Poco ha que uno de sus reyes, monarca sin reino, falleció à la edad de sesenta años. Llamàbase Absalon Smith. Dejó por herederos su mujer y trece hijos, y cada uno de ellos tuvo por herencia cien libras esterlinas. Absalon tenia ya cincuenta nietos, habitaba en su campo de *Tivyford* porque este rey de los brujos tenia cuidado de acamparse para poder mas facilmente levantar el campo. Una multitud de súbditos asistió á su entierro. Las insignias de su dignidad que consistian en un frac con botonadura de plata y en cada uno de los botones su cifra A. S. figuraban sobre su ataud. Temiendo que los amigos de este rey no fuesen à visitar sus botones de plata á su última mansion, le cubrieron con diferentes capas impenetrables, compuestas de morrillos y argamasa. De este modo desapareció de la superficie de la tierra aquel célebre rey de los vagamundos.

Dando audiencia pública el rey D. Felipe IV, entró un soldado con los calzones rotos, á pedirle cierta gracia. El rey no pudo menos de contemplar muy despacio y con cierta sonrisa su desaseo, hasta que al fin levantando los ojos dijo al soldado. «Vaya, qué es lo que pides?—*Pido señor*, (respondió el soldado), *que V. M. mire este memorial con la misma atencion con que ha mirado mis calzones.*

EPITAFIO.

—

A UN ALGUACIL MUERTO DE PERLESÍA.

Aquí se depositó
el cadáver frio y tieso,
del alguacil mas travieso
que el Señor al mundo echó.
La muerte se le llevó
á empellones por allá:
pero mucha gente está
temblando con el recelo,
de que si no entra en el Cielo,
le vuelva el demonio acá.

LA NOCHE DE TEMPESTAD.

Muge el cierzo embravecido,
impetuoso
desgaja la añosa encina.
El rayo al crudo silvido
del fulgor baña horroroso
la colina.
Cruza el ave revolando,
plañ dera
suelta su voz sepulcral.
Y en tanto sigue tronando,
y con ímpetu lloviera
mas fatal.
Mil centellas cruzan luego;
el granizo
cae fuerte y aterrador.
El bosque se prende en fuego,
y su resplandor rojizo
da pavor.
Inundada la campiña,
y los pinos
chascados del Aquilon,
al suelo ruedan con saña.
Y crecen los remolinos
y el turbion.
En aquella noche oscura
de tempestad,
tan tremenda y espantosa;
se desliza una figura,
cual sombra en la oscuridad
vaporosa.
Un relámpago cruzára,
y lucieron
dos ojos negros brillantes,
que en pálida, bella cara,
noble fuego despidieron
insinuantes.
Negros cabellos flotaban
por su frente,
dulcísima, varonil,
que los vientos azotaban:
su ademan es imponente,
muy gentil.
Jubon de paño ajustado,
sombrerillo
con plumas, capa bordada.
Lleva el jóven estasiado
que trepaba en un tordillo,
sierra alzada.
A cada paso el corcél,
tropezando
en las quiebras de las peñas,
esponia á su doncel
á desplomarse, rodando
por las breñas.
Y mas á mares llovia,
y mas fuerte
el granizo rebotaba.
Y mas el frio crecia,
y al mancebo deja inerte
que cantaba.
Por airados elementos
combatido,
sufriendo ventisca y hielo,
Absorto en sus pensamientos,
remontábase embebido
hasta el Cielo.
Era su Cielo y su diosa
Leonor.
Y aunque imposible lo via
en noche tan tempestuosa,
que la estrecha con ardor
se fingía.
Tambien que siente su mano
temblorosa.
Por pensar en su hermosura,
dió el mancebo en un pantano,
que en amor no es rara cosa
tal locura.
El caballo se encharcó,
abrumado
de su peso y del llover.
Y de un trueno que aterró,
y de un rayo deslumbrado
se ve caer;
Entre el cielo y lodazal
el caballo se enterráva,
y el mancebo viajador
por siempre quedó mortal;
y su sepulcro encontrara
creyendo encontrar su amor.

Gregorio Romero Larrañaga.

LA CAPILLA SUBTERRANEA DE BELEN.

El emperador Augusto habia publicado un edicto por el que prevenia el empadronamiento general de todos los súbditos del imperio romano. Cada cual debia presentarse en la poblacion de donde su familia era originaria para hacerse inscribir en él. *José* y *María* como procedentes de la familia real de David, debian personarse en Belen cuna de su progenitor. Un viaje tan largo era bastante penoso sobre todo para María; sin embargo obedecieron ambos el precepto del emperador, y se encaminaron sin tardanza á dicho punto. Cuando llegaron á Belen era ya bastante tarde, y una multitud de personas que con igual objeto habian ido á la ciudad, llenaban no solo los mesones sino las casas particulares. En vano José trató de buscar donde pasar la noche él y su esposa, nadie queria ceder un sitio á tan pobres viageros. De este modo desechados y desconocidos, pero fortalecidos por el divino espíritu que les animaba, se retiraron á una gruta que servia de asilo á los pastores, y de establo á sus rebaños.

«*Hallándose en aquel lugar se cumplió el tiempo del parto.*»

«*María dió á luz á su hijo primogénito, y envolviéndole unos pañales le reclinó en un pesebre, porque en la posada pública no hubo sitio para ellos.*» (S. Luc. cap. 2.)

Era ya mas de media noche; todos en Belen dormian escepto unos pobres pastores que vigilaban en custodia de sus ganados. En aquel mismo sitio fue donde David apacentaba sus ovejas antes de llegar á ser rey. Cuando los pastores hablan entre sí, una brillante claridad hizo desaparecer las tinieblas de la noche y la escasa luz que la luna y estrellas reflejaban, y un ángel del Señor rodeado de toda la pompa celestial, se apareció á su vista. Postráronse los pastores, pero el ángel los dijo con dulzura. «No temais y escuchad, que os voy á anunciar una alegre noticia. En la ciudad de David ha nacido esta misma noche vuestro Salvador. Id allá y sobre un pesebre hallareis un niño envuelto en unos pañales: adoradle.»

Tan pronto como el mensagero de Dios concluyó de hablar, una numerosa multitud de ángeles llenos de luz y resplandor se esparcieron por los aires, y todos con una voz celestial alabaron al Señor y entonaron el *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

He aqui la cuna de esta religion que ahora como siempre conquista el mundo con lentitud pero invenciblemente. A aquellos que la juzgan impotente porque no es veloz á su vista, puede contestárseles que todo es rápido para aquel que delante de si tiene la eternidad: y aun pudiera aplicarse á esta conquista de Dios, la solemne espresion que tan altamente esplica su justicia: *patiens quia æternus*, es paciente porque es eterno.

Trescientos veinte y seis años despues, Santa Elena madre de Constantino el Grande, visitó los santos lugares é hizo construir en aquel mismo lugar la iglesia que aun hoy existe. No sabemos que nadie hasta el dia haya hecho esta observacion, que una posadera elevada á la dignidad imperial fue quien erigió aquel templo al niño que no habia encontrado asilo en un meson. Santa Elena en su juventud fue posadera en Drepan en la Bitinia.

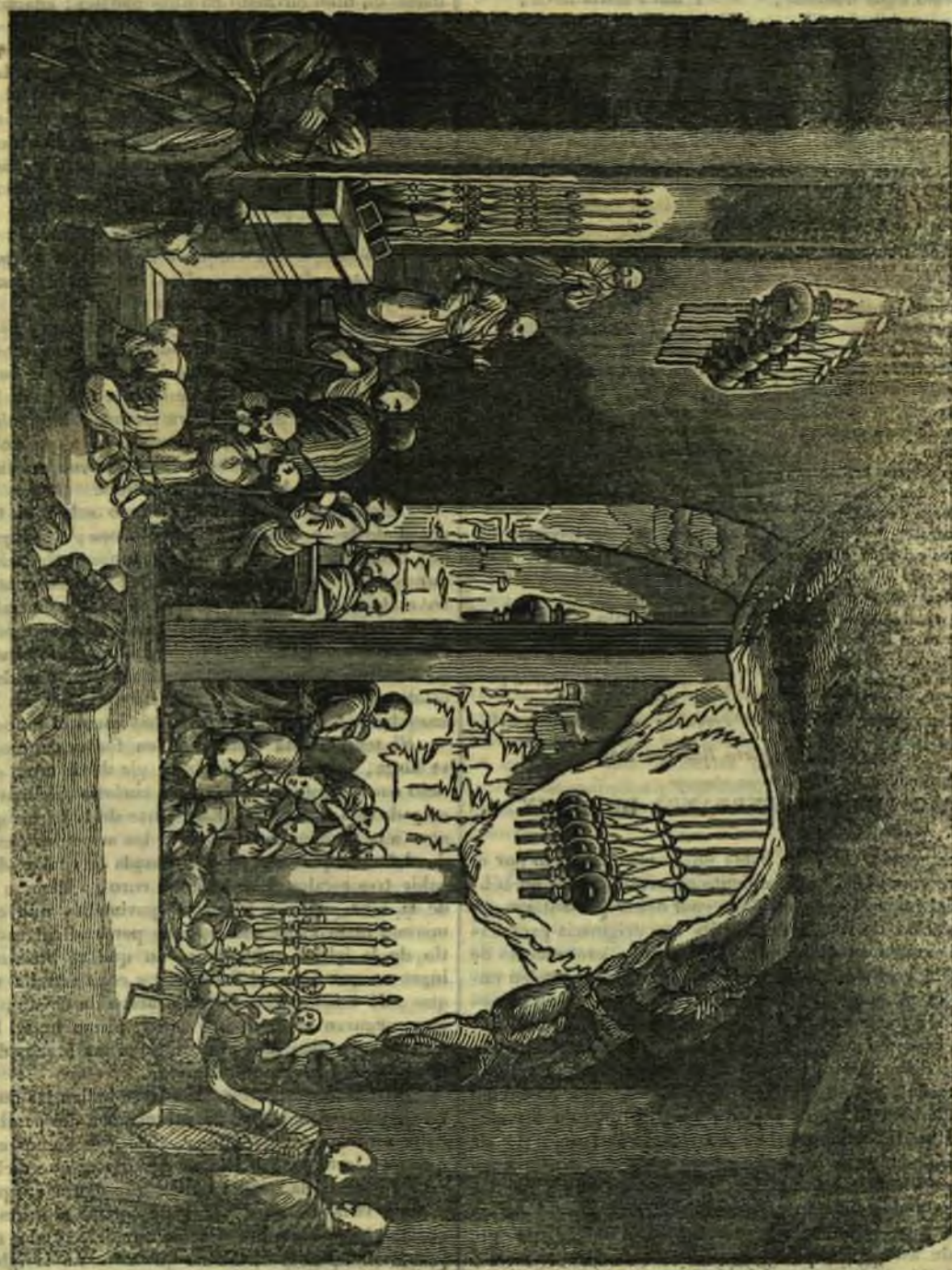
Despues de haberse precipitado sobre el Oriente la mitad de las poblaciones de la Europa, este lugar se halla hoy confiado únicamente á la virtuosa resignacion de algunos hombres. Como tres rios que vuelven contra su único manantial, y cuyas aguas reunidas y mezcladas han perdido el color que los distinguia en los lejanos paises en que corrian divididos; asi viven unidos junto al santo lugar en una union perfecta tres comunidades, una de latinos ó católicos, otra de griegos, y otra de armenios. Estas comunidades han repartido la iglesia como el mundo.

El templo está construido en forma de cruz; la nave larga, ó por mejor decir el pie de la cruz está decorado con 48 columnas de orden corintio, de mármol blanco y de una sola pieza. Esta parte de la iglesia que pertenece á la comunion cristiana de los armenios, esta separada del resto por una pared, pasada la cual y despues de subir tres escalones se halla el coro, ó llámese la cabeza de la cruz. Allí se vé en el pavimento una estrella de mármol blanco que corresponde perpendicularmente al sitio de la iglesia subterránea en que se halla señalado el lugar en que nació el Salvador; y cuya estrella significa la que guió á los magos á la adoracion de Cristo, y que segun aseguran se detuvo en aquel mismo lugar. Este coro, asi como las dos naves que forman los brazos de la cruz, pertenecen á la comunion griega.

En estas dos naves es donde se hallan las dos escaleras que conducen á la iglesia subterránea del pesebre, que se halla servida por los latinos, y de que damos una vista á nuestros lectores. En ella se demuestra que dicho templo está abierto en la roca. El altar que figura en primer término á la izquierda del grabado, ocupa el mismo sitio en que la virgen dió á luz al Redentor del mundo; mas allá, y pasado uno de los escalones que suben á la iglesia superior, se vé á la izquierda el pesebre en que descansó el Dios recien nacido. En el lado hácia donde se observan postrados todos los fieles, se halla una piedra de mármol blanco que designa el sitio donde estaba el pesebre. El otro altar que se advierte enfrente del pesebre, en el que parece se apoyan dos hombres, y delante del cual arde una

sola lámpara y un cirio, demarca el lugar en que la Vírgen presentó al niño Jesus á la adoracion de los magos. Esta iglesia no recibe ninguna claridad de fuera, y se halla iluminada por 32 lámparas enviadas por diferentes príncipes cristianos. La mas magnífica es un presente de Luis XIII de Francia.

Tres viageros célebres han visitado en nuestro tiempo este santuario: Mr. de Volney, estadista y filósofo que no ha querido ver sino mármol y argamasa en aquel templo tan prodigiosamente sostenido entre los enemigos de nuestra fé, y que solo ha medido su altura con el metro matemático decretado por la convencion. Mr. de Chateaubriand que consagró su viage á las inspiraciones religiosas y políticas de los pueblos que visitó; y Mr. de Lamartine, cuya peregrina pluma dominando todos los encantos de la poesía, eleva á los hombres como Fr. Luis de Leon á una region sublime de donde miran con dolor la pequeñez de sus pasiones.



CAPILLA SUBTERRANEA DE BELEN.

MADRID: IMPRENTA DE CIMAS, 1836.